

Recordatorio (El escritor leonés A. Pereira falleció en León el pasado 25 de abril a los 85 años)

DECIMOS DE PEREIRA

AURELIO LOUREIRO

Conocí durante muchos años a Antonio Pereira: años que, en el caso del escritor de Villafranca del Bierzo, resultan pocos, demasiado pocos, casi un soplo en la vida de ambos. Y no puedo estar más de acuerdo con Santos Alonso:

"Una de las notas que mejor podrían definir la dimensión humana de Antonio Pereira es la hospitalidad Y no me estoy refiriendo sólo a su concepto tradicional, aquel que entrañaba la acogida generosa y amable del recién llegado, sino a otro más íntimo, más interpersonal, aquel que favorece abiertamente el acercamiento y la comunicación de los humanos, tal vez por la perspectiva de amplias miras que alcanza quien, a través de varias experiencias y no pocos viajes por diferentes países, no se aletarga entre los cuatro muros de su patria chica, aun reservándole sus más nobles sentimientos" (Literatura leonesa actual; Junta de Castilla y León, 1986).

En el principio de ese soplo de conocimiento -tantos años y tantas anécdotas que, paradójicamente, ni siquiera sirven para empezar a llenar el vacío que nos ha dejado su muerte- me encontré un buen día -una buena tarde, por mejor decir- con Pereira en la Casa de León, donde se celebraba regularmente una tertulia con otros escritores leoneses y quien quisiera sumarse a escuchar o participar.

Sin apenas conocerme se dirigió a mí y me hizo una pregunta: ¿Han llegado ya los contertulios? Pereira tenía prisa por empezar la tertulia y cierta ansiedad ante el temor de haber llegado tarde y, aun así, se dirigió a mí como si me conociera de otras tertulias, que era casi como reconocerme después de un soplo de vida de muchos años de duración; lo que prueba lo acertado de la interpretación de Santos Alonso -tertuliano de pleno derecho entonces- respecto a la hospitalidad generosa y universal del maestro Antonio Pereira.

Yo ya conocía a Pereira, lo había leído y me había informado de que su destino de escritor -pletórico de nuevos y cotidianos horizontes- se debatía sin

crueldad entre dos geografías literarias que me subyugaban: Galicia y León.

En lo sucesivo le diría muchas veces que yo era un gallego venido a menos -es lo que tiene perseguir los vericuetos por los que discurre la suerte de un apellido sin contestación-, mientras él era un leonés que siempre quería ir a más y quizá por eso sufría cuando tenía que abandonar, aunque fuera temporalmente, esa franja donde, porque se mezclan la realidad y la ficción, el sueño y el viaje, la imaginación y la poesía como aventura, nada es lo que parece. Y él sonreía de manera socarrona, como solía hacer, quizá por saberse dueño de ese destino, por tener a buen recaudo el secreto de ese destino que a mí, por aquel entonces, se me resistía.

Más tarde, muchos años después, es decir, hace pocos días, contemplando la mirada refulgente de Úrsula, su viuda, me enteré por boca de ella que además era un empedernido afrancesado y yo, ingenuo de mí, intenté hallar las coordenadas que, a través del mar Cantábrico o quién sabe si evitando el mar Cantábrico, conformaban su mapa literario más íntimo, cuyo núcleo por fuerza debía estar en ese pequeño paraíso, línea inconfundible que une Galicia y León.

Pero entonces yo ni siquiera era un gallego venido a menos, aunque había pisado la línea muchas veces en viajes imposibles a la costa de la muerte sin saber que aquel territorio, Villafranca del Bierzo, que el azar había escogido como lugar de descanso, era un territorio literario en el límite de dos realidades y que ese territorio tenía dueño.



Acababa de aterrizar en el cielo de Madrid -quien sabe si huyendo de cielos más cenicientos- y las geografías literarias eran todavía una expectativa que pretendía cambiar por un puñado de relatos.

El, dueño ya de tantos cielos y tantas geografías, no tenía por qué reconocermelo como uno de los suyos y, sin embargo, desde aquel entonces me regaló un buen puñado de sonrisas socarronas, tertulias, relatos, anécdotas y filandones que hoy pretendo cambiar, ingenuo de mí, por estas líneas errantes, necesitadas de una geografía literaria donde ubicarse y un cielo al que mirar.

No vaya recordar ninguna anécdota, ni su gusto por contar historias (que ya reflejó el propio Pereira en una antología de relatos, *Me gusta contar*, 1999,

diez años), ni su participación en filandones por "todos los mundos de dios como dicen al otro lado de la línea, donde el lenguaje mastica las palabras para regalarlas luego a modo de poesía; aunque comprendo que es inevitable que, ahora que habita el único cielo en el que confluyen todas las historias que se cuentan y las historias que se silencian, historias pasadas e historias por venir, se le vea como el personaje imprescindible en los filandones, la voz cantante que no precisa mirar al fuego para que se le ilumine la imaginación, un personaje de cuento que se permitía el lujo de contar los mejores cuentos, en muchos de los cuales latía el espíritu de una búsqueda que aún no ha concluido.

Prefiero recordarlo tal como lo vi la última vez que lo vi, en la terraza de su casa, cubriéndose las piernas con la falda de una mesa camilla, el gesto elocuente de quien ha hecho lo correcto, el guiño cómplice de quien ha convertido la picardía en una virtud, su media sonrisa vagando por la casa en busca de su Úrsula de siempre, su gran conquista, la mesa llena de fichas caligrafiadas de futuras imaginaciones, la realidad y la ficción confluyendo en esa línea imprecisa que configura una geografía pletórica de títulos: poesía, relatos, novelas; torpe ya para andar, pero no para reflexionar y reinventar la memoria; la mente lúcida y, desde esa lucidez, reivindicando su condición de escritor con esa solemnidad de que hacía gala en las grandes citas, obviada su sonrisa socarrona.

-Quiero que me lean, Loureiro -me dijo-, que me lean más; pero que no dejen de escucharme.

Entonces recordé alguno de sus libros: *Una ventana a la carretera*, *El ingeniero Balboa y otras historias civiles*, *País de los Losadas*, *El síndrome de Estocolmo*, *Las ciudades de poniente*, *Cuentos de la Cábila*, *La divisa en la torre* (que teníamos entre manos) y otros muchos.

Y no tuve nada que objetar.

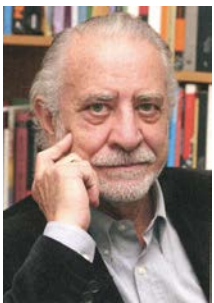
El dueño de la palabra



LUIS MATEO DÍEZ

Pereira era dueño de la palabra, de la conversacional y de la escrita de un modo peculiar. Su oralidad resultaba fascinante en la espontaneidad y en la gracia, en la carga de ironía en el comentario de la vida. Todos recordaremos su deliciosa

compañía, la capacidad humorística, siempre al pie de la cordialidad. Como escritor resaltaban las mismas cualidades, pero hay que reparar en algo que me parece muy importante: Pereira tenía una fuerte voluntad de estilo. Era un narrador meticuloso, casi de laboratorio. Su capacidad expresiva verbal tenía una medida concisa e intensa en la escritura. Su mayor cualidad de cuentista, al lado de la imaginación y la perspicacia estaba en la intensidad y la medida. Un escritor extremadamente cuidadoso. Y no olvidemos al poeta, tan entramado con el narrador.



Un asombroso narrador oral

JOSÉ MARÍA MERINO

Antonio Pereira fue un escritor con muchas facetas: magnífico poeta, con una actitud estética en que el arraigo no perjudicaba la visión universalista, sino todo lo contrario, estupendo escritor de pocas pero muy estimables novelas -pienso en *País de los Losadas*- y autor de muchos cuentos literarios que están entre lo mejor de la cuentística española del siglo XX. Felizmente, toda esa obra escrita podremos conservarla. Lo que sólo se mantendrá mientras vivamos los que disfrutamos de su amistad, es su condición de asombroso narrador oral, cálido, irónico, divertido, ocurrente, con sorprendente talento para la repentización. Y al hablar de Antonio no dejo de recordar a Úrsula, su fiel y animosa compañera, que queda tan sola...

El patriarca de las "letras leonesas"

ROGELIO BLANCO

Antonio Pereira representa la unidad de la tradición literaria oral y escrita. Un modo creativo que ha pervivido en tierras leonesas de modo singular y que Pereira ha manejado con sin igual maestría. No en vano es considerado como el patriarca de las ya denominadas "letras leonesas". Él logró aunar la oralidad y la escritura. Fue capaz de hablar de modo próximo a su escritura.

Al leer sus cuentos inevitablemente el lector se coloca

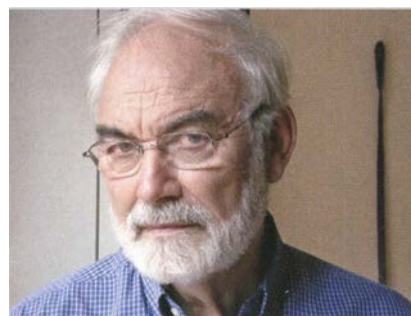


en el tono y timbre adecuados, el que utilizaría Antonio. Maestro en el relato corto e insuperable en los filandones logró la consideración y reconocimiento inánimes y, sobre todo, el cariño. Con sarcasmo e ironía trivializaba lo áspero, su modo de relatar y leer la vida dilataban los rigores, su proximidad y mirada convocaban a la complicidad del espeto y del afecto. Gracias por todo, maestro

Tres visiones de Antonio Pereira

JUAN PEDRO APARICIO

Cuando un periodista me llamó a Londres para darme la noticia de su inesperado fallecimiento, me vino a la cabeza no este tiempo último en el que mantuvimos el trato de una amistad vivida en el quehacer común de la literatura, sino aquel remoto -remotísimo ya- en el que un joven Antonio Pereira, recién llegado a León a casa de su hermana Emilia, amiga del alma de mi madre, para curar dolencias, me tuvo en brazos siendo yo niño; un recuerdo inducido sin duda por la memoria de otras palabras, las de mi madre. Cuántas bromas hicimos luego Antonio y yo a cuenta de esto y de muchas otras cosas, todas relacionadas con la vieja amistad.



Sé que me van a quedar tres visiones fundamentales de Antonio. Una, la acabo de mencionar. Otra, es de los años sesenta, siendo yo poco menos que un mozalbete y él un hombre en plena madurez. Lo veo paseando a buena zancada con las manos atrás en compañía de don Antonio González de Lama, Ordoño arriba, Ordoño abajo, ensimismados en una charla intensa en medio de una atmósfera con celajes de humedad, la columna del reloj de Santo Domingo alzada como un gran barómetro sobre la noche azulosa. Todavía Antonio se ocupaba personalmente de sus negocios, pero, rara excepción entre sus convecinos, eran sus ocios los que le revelaban. ¡Cómo se le veía disfrutar en esos paseos de antes de la cena atento a la voz de don Antonio! ¿De qué hablaban, un día y otro? ¿De Bachoffen, Morgan, Hegel o de cualquiera sabe qué otros filósofos o poetas de que se nutría el intelecto de aquel cura sabio, o a lo mejor sólo de cosas de allí, que alguna habría digna de la socarronería benevolente de Antonio? Y la última visión, la de los filandones que compartimos en Segovia, durante el primer Hay Festival, y en Madrid en la Noche de los Libros del año pasado. No caminaba bien, y por eso no pudo acompañarnos a Cartagena de Indias y luego a Gales, pero mantenía la cabeza firme, muy seguro de su poder embaucador, que era mucho, el mismo que se

reflejaba en sus escritos.

Y me acuerdo ahora de Úrsula, su compañera de la vida y me resisto a imaginarla triste, ella era parte de Antonio, como Antonio lo era de ella, y eso servirá para darle ánimos y para mantener vivo ese gran espíritu que alimentaba el de Antonio.